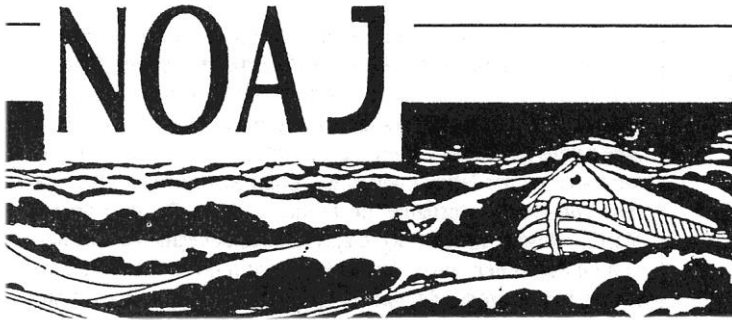




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Sábato, Ernesto. Discurso de recepción del Premio Jerusalem 1989. pp. 148-151

Ernesto
Sábato

HOMENAJES

Discurso de recepción del Premio Jerusalem 1989

El Premio Jerusalem, instituido por la municipalidad de la capital de Israel, fue conferido en 1989 a Ernesto Sábato "en reconocimiento de su obra, en la cual se expresa la lucha del hombre por preservar su libertad e individualidad dentro de regimenes dictatoriales". El jurado estuvo formado por Abba Eban, Shimon Zandbank y Abaron Appelfeld. Sábato debió suspender a último momento su viaje a Jerusalem. En la ceremonia realizada en su honor el 17 de marzo de 1989 fue proyectada una video-caseta especialmente filmada por el escritor para el evento, y se leyó su discurso, que reproducimos en su totalidad. El mismo fue publicado por la prensa israelí, en español, hebreo e inglés.

Ha sido para mí un altísimo honor recibir el Premio Jerusalem, de prestigio en el entero mundo de las letras. Pero también ha sido motivo de una profunda emoción, por provenir de esa justamente llamada Tierra Santa, vinculada tan entrañablemente a la historia espiritual y al destino de la humanidad. Desde lo más profundo de mi corazón ansío que en este territorio sagrado pueda reinar por fin la paz, y que los dos pueblos hoy separados y enfrentados tan trágicamente, puedan convivir armoniosa y fraternalmente, concretando sus anhelos nacionales y sus destinos históricos. A ese ideal dedico el premio que hoy se me concede.

Dice Martín Buber que la problemática del hombre se replantea cada vez que parece rescindirse el acto primero entre él y el mundo, cuando se encuentra en la tierra como un extranjero solitario y desamparado, a la intemperie.

Así es nuestra época. El universo entero cruje y amenaza con derrumbarse. Campos de concentración, guerras que unen a su tradicional ferocidad su inhumana mecanización, juventud angustiada que busca en las drogas el paraíso perdido, crisis de las ideologías y un creciente pesimismo nos están revelando una clase de monstruo que se engendró y fue orgulosamente criado en el seno de una civilización fundada en el culto de la razón pura y de la ciencia, que no tardaron en celebrar el infausto matrimonio con la máquina, para desencadenar poco a poco esta abstracta fantasmagoría del poder en que el hombre de carne y hueso termina en ese hombre-masa, en ese extraño ser todavía con aspecto humano, con ojos y llanto, pero ya engranaje de una gigantesca maquinaria anónima. Profetas como William Blake,

como Kierkegaard y Dostoievsky, tuvieron la visión del apocalipsis que se estaba gestando en medio del optimismo tecnolátrico, pero la Gran Maquinaria siguió adelante hasta que el hombre se sintió en un universo incomprensible, cuyos objetivos desconoce y cuyos Amos, invisibles y crueles, comenzaron a triturarlo. Como pocos, Franz Kafka describió esa sensación de desamparo del hombre de nuestro tiempo. Y así como ciertos monstruos sólo aparecen en las tinieblas de la noche, el monstruo de esa soledad tenía que manifestarse en su plenitud en este crepúsculo de la civilización maquinista.

Esta civilización ha ido cavando un insondable abismo entre nuestro ser primigenio y esta enajenada criatura de la sociedad de consumo. Qué lejos estamos ya de aquellas grandes culturas en que los grandes momentos del hombre — su nacimiento, la llegada del sexo y del amor, el grave momento de la muerte — eran actos sagrados enaltecidos por bellos y significativos rituales. El Siglo de las Luces expulsó, y creyó que lo hacía para siempre, las visiones del pensamiento mágico. Una arrogante sobrevaloración del pensamiento lógico, un vanidoso desprecio por las otras formas del conocimiento, ese conocimiento que nos revelan las más oscuras intuiciones en forma de misteriosos símbolos y mitos, nos ha conducido a esta trágica encrucijada de la historia, dominada por la angustia y la histeria colectiva de un mundo profanado. Catástrofe ya tan manifiesta que debería hacernos comprender que sólo la re-integración del hombre escindido puede recuperar la perdida armonía con el cosmos, puede devolvernos la paz con el conocimiento del Absoluto. Y para eso el arte

es un precioso instrumento. Mientras la tecnología orgullosamente prescindía del misterioso mundo interior del hombre, ayudada y alentada por una filosofía positivista, la gran rebelión romántica y luego existencialista iniciaba la lucha en favor de la re-integración del ser humano, y para esto contó con la intuición de los poetas y los artistas que nunca habían olvidado la perdida unidad, que jamás habían dado la espalda al misterioso orbe de la inconciencia y de la noche. Y así, por una especie de instinto de conservación, cuanto más la mentalidad positivista y desacralizadora avanzaba en su obra destructiva, más el artista se empeñaba en rescatar al hombre concreto y total, ese ser resistente a cualquier tentativa de ser reducido a puras ecuaciones y computadoras.

Clarivamente, con el coraje que se necesita para oponerse a los cómodos y remuneradores lugares comunes que se suben al carro del éxito, Schopenhauer se atrevió a señalar que el pensamiento científico no había hecho justicia a las grandes religiones y advirtió que sólo haciéndola podría seguirse hacia adelante. Y sostuvo que hay momentos en la historia en que el progreso se convierte en reaccionario y la reacción en progresista. Palabras que con visión también profética recoge Nietzsche. Hoy, cuando la ciencia con sus excesos ha conducido a la alienación del hombre, sólo seremos capaces de resurgir reivindicando las potencias olvidadas del ser. Ya William Blake vio en la mentalidad abstracta del maniquismo la personificación del mal, y anticipando a Nietzsche y a Jung, advirtió que el hombre llegará a su culminación cuando sea capaz de aliar su cielo con su infierno.



Las Furias no pueden ser ignoradas, y mucho menos rechazadas: o se las acepta, integrándolas en la dialéctica de la condición humana, o se paga el siniestro tributo que estamos pagando: ¿qué mayor revuelta de las Furias que la que hemos vivido y estamos viviendo en esta sociedad profanada? Bastaría el terror hitlerista para probarlo.

Nos dice Jaspers que los dramaturgos helénicos vertían en sus obras un saber trágico que no sólo emocionaba sino que transformaba a los que presenciaban el sagrado espectáculo. De ese modo, eran educadores de su pueblo, profetas de su *ethos*. Al enfrentarnos ahora a esta crisis total de la raza, la más profunda de todos los tiempos, el sabor trágico ha retomado aquella antigua y violenta necesidad. Esta catástrofe ha puesto a la criatura humana en las fronteras últimas de su condición, donde reinan la soledad, la tortura y la muerte; esos extremos de la miseria que sólo se manifiestan en estos cataclismos, y que los poetas registran en una nueva mitología del cielo y del infierno. Estas obras no nos dan una prueba ni nos demuestran una tesis, no hacen propaganda por una iglesia o un partido: nos ofrecen una significación de la existencia. Una significación que, a diferencia de esas tesis edificantes o tranquilizadoras, tienen por objeto sacudirnos hasta despertar de ese sueño en que, como decía John Donne, parece transcurrir el camino que nos lleva de la cuna a la sepultura, para enfrentarnos con nuestro trágico pero noble destino de animal metafísico. A menudo, en esta época de confusión y de bajeza espiritual, se cuestiona el valor del arte o, en el mejor de los casos, se pregunta por su misión. No hay misión más alta que ésta de

proporcionarnos el saber trágico de nuestro destino. Hablo, claro está, de un arte y de una literatura que no se hace por puro juego ni por el solo placer de la belleza, sino para escrutar y describir la condición del hombre en este mundo apocalíptico, el sentido del coraje y del deber, el alcance de la justicia y la libertad, el significado de la vida y de la muerte. Haciendo de ese modo no sólo al conocimiento del alma humana sino a su salvación. Salvación no solo del cuerpo del hombre, pues por él apenas pertenecemos al reino de la zoología; tampoco al solo espíritu puro, que más bien señala nuestra aspiración divina. No, lo más profundamente humano, lo que debemos rescatar en medio de este hundimiento universal, es el alma. Región desgarrada y ambigua, sede de la perpetua lucha entre la carnalidad y la pureza, entre lo nocturno y lo luminoso, campo de batalla entre las implacables Furias y la olímpica deidad de la razón. Por el espíritu puro, a través de las matemáticas y la filosofía, el hombre exploró el vasto universo de las ideas, universo infinito e invulnerable a los poderes destructivos del tiempo, y lo logró, quizá, si hemos de creer a Platón, por el recuerdo que al alma encarnada le queda de su confraternidad con los dioses. Pero ese orbe platónico no es la verdadera patria del hombre: a lo más es una divina nostalgia. Su verdadera patria, a la que retorna después de esos periplos ideales, es esa región intermedia y terrenal del alma, este desgarrado territorio en que vivimos, amamos, sufrimos y morimos.

Es en ese territorio en donde se aparecen los fantasmas del sueño y la ficción. Así, los hombres hacen esas inexplicables fantasías porque están encarnados, porque ansiamos la eternidad

y somos mortales, porque ansiamos la pureza y somos corruptibles, porque ansiamos la perfección y somos imperfectos. Un Dios no escribe novelas. Porque somos precarios y destinados a la podredumbre y la muerte, el hombre seguirá creando esas mitologías de sus ficciones, para reconocimiento de su condición pero también para salvación de su alma.

Ahora que comienzo a contemplar mi vida retrospectivamente, observo que no he hecho más que rumiar algunas pocas obsesiones, que a veces se mostraron en tentativas racionales, en ideas sobre el drama del hombre moderno, y a veces en oscuras y contradictorias fantasías del inconsciente. No sé qué suerte reserva el implacable tiempo a estas tentativas. Pero si es cierto lo que acabo de decir, si un fragmento de mi tan imperfecta obra perdura, ha de ser alguno de esos inexplicables delirios. Porque, como dijo Hölderlin, cualquier ser humano es un dios cuando sueña y apenas un mendigo cuando piensa. ♦

De la perplejidad a la lucidez

De la perplejidad a la lucidez: abordar este tema es abordar la esencia misma del quehacer filosófico. No hay reflexión teórica digna de este nombre que no arranque del asombro, de la duda. De la perplejidad, en fin de cuentas. Un pensamiento afincado en la certeza absoluta de sus propios postulados o puntos de partida no sería tal, en verdad. Sólo sería discurso monolítico, dogmático, monólogo.

Diciéndolo con palabras de Javier Muguerza, uno de los filósofos españoles más interesantes y rigurosos de nuestros días: *La perplejidad no es tan sólo un signo de los tiempos que vivimos, sino también, y en cualquier tiempo, un acicate insustituible*

Jorge
Semprún

Extracto del discurso pronunciado por Jorge Semprún, Ministro de Cultura de España, en el acto de recepción del Doctorado Honoris Causa en la Universidad de Tel Aviv, 19/3/89.